



CAPITULO XXV

El suicidio

La señora Merdle estaba convidada á comer aquel mismo día en casa del sabio médico, que había invitado también á la notabilidad del foro, á un individuo de la familia de los Barnacle y á otros varios amigos. El doctor, como hombre que ha estudiado á sus semejantes, dotado de gran experiencia, y verdaderamente sabio, no podía menos de inspirar gran interés, y por lo mismo era muy extenso el círculo de sus relaciones. Por otra parte, las comidas del doctor eran como de familia, y los convidados, libres de las prescripciones de una severa etiqueta, hallábanse más á sus anchas.

La ausencia del señor Merdle dejaba su silla desocupada; pero como hombre que siempre permanecía silencioso, sin despegar los labios una sola vez, nadie le echaba de menos. Durante la comida se habló entre otras cosas de lo que públicamente se decía respecto á conferir ciertas dignidades al millonario; y con este motivo se rogó á su señora que dijese lo

que había sobre el particular; pero la dama aseguró á todos que no había persona alguna menos enterada que ella de los asuntos de su esposo.

—¿Pero no sabe usted—preguntó el doctor,—si hay algo de verdad en lo que se dice del señor Merdle?

—Amigo mío—contestó la dama,—he aquí precisamente la pregunta que yo pensaba dirigirle.

—¿Y por qué á mí?

—Porque creo que es usted la persona en quien tiene más confianza.

—Al contrario, á mí no me confía la menor cosa, ni aun en mi calidad de médico.

—Pues amigo mío, yo ignoro si la noticia es verdadera ó falsa; pero sí le aseguro que no hay posición más desagradable que la mía, por no decir absurda.

La comida se prolongó bastante tiempo, hasta que al fin la señora Merdle manifestó deseos de retirarse, y entonces el doctor la acompañó cortésmente para ofrecerle su mano al subir á su elegante coche. Los demás convidados no tardaron en retirarse también, dejando solo á su anfitrión, que como hombre muy aficionado al estudio, comenzó á leer.

El reloj de su despacho marcaba ya la media noche y algunos minutos, cuando un fuerte campanillazo le distrajo de su ocupación. Como era hombre de costumbres muy sencillas, había dado permiso á sus criados para retirarse á descansar, y de consiguiente tuvo que bajar él mismo para abrir la puerta. El que llamaba era un hombre en mangas de camisa, y el doctor creyó al pronto que se trataba de alguna pendencia, tanto más cuanto que el individuo parecía muy agitado; pero luego observó que estaba muy limpio y que el descuido de su traje no indicaba ningún desorden.

—Caballero—dijo,—vengo del establecimiento de baños de la calle inmediata.

—¿Y qué puedo yo hacer por los baños?

—¿Tendría usted la bondad de venir al momento? Vea lo que hemos encontrado sobre la mesa.

Así diciendo, entregó un pedazo de papel al doctor, que leyó al punto su nombre y sus señas trazadas con lápiz; después examinó la escritura más de cerca, miró de nuevo al portador, fué á buscar su sombrero, y cerrando con llave la puerta de su casa, alejóse rápidamente.

Cuando llegaron al establecimiento de baños, el doctor no-



...esperaba su señor roncando en la cocina...

tó que los dependientes acechaban su llegada, y que algunos iban y venían por los pasillos.

—Que todo el mundo se quede aquí—dijo el doctor al dueño de la casa,—y acompáñeme sólo el mensajero.

El criado condujo al doctor hasta la extremidad de una galería y detúvose ante una puerta entornada, mirando á través de la rendija; el doctor, que le seguía de cerca, hizo lo mismo.

En el ángulo de una bañera, de la cual se había dejado salir el agua, veíase echado, como en una tumba ó un ataúd, y cubierto con una sábana, el cadáver de un hombre mal formado, de cabeza obtusa y facciones innobles. Habíase abierto una ventanilla para dar paso al vapor de que estaba lleno el cuarto, y que condensándose en gruesas gotas corría á lo largo de las paredes y del rostro de aquel cuerpo inmóvil. La temperatura era todavía bastante elevada; la bañera no se había podido enfriar aun, y por eso la mano del cadáver conservaba cierta blandura. En el fondo de la pila de mármol blanco veíanse una especie de líneas líquidas de un color rojo que infundía espanto, y en la mesita inmediata una botella que había contenido láudano, y un cortaplumas de mango de concha... manchado, pero no de tinta.

—Sección de la yugular...—exclamó el doctor,—muerte rápida... hace ya lo menos media hora que ese hombre ha muerto.

El eco de estas palabras recorrió todas las galerías y habitaciones; mientras que el doctor, después de inclinarse para alcanzar el fondo de la bañera, humedecía sus manos en una agua teñida de rojo, como el blanco mármol.

La mirada del doctor se fijó sucesivamente en la ropa que estaba sobre el diván, en un reloj, una bolsa y una cartera de la cual salía una carta sin cerrar, sacóla del todo, y después de leer el sobre murmuró: «Esta carta es para mí.»

El doctor manifestó que no tenía ninguna orden que dar. La gente de la casa sabía muy bien lo que debía hacer; avisóse á las autoridades competentes, que tomaron posesión del difunto y de cuanto le pertenecía; y entonces el doctor pudo salir á respirar el aire libre. A pesar de su experiencia de la vida, sentóse en los escalones de la primera casa que encontró, porque en aquel momento experimentaba cierto malestar.

La notabilidad del foro vivía cerca de la casa del doctor; y como éste viera brillar una luz en la ventana del célebre abogado, sabiendo muy bien que no podía ser sino la suya, no

vaciló en llamar. En efecto, el infatigable jurisconsulto trabajaba afanosamente en la redacción de un veredicto, y al oír llamar, creyendo que se trataba de comunicarle alguna noticia interesante, bajó corriendo; pero no fué poco su asombro cuando vió al doctor, la última persona á quien podía esperar.

—¿Qué ocurre?—exclamó al abrir la puerta.

—¿No me preguntó usted un día—repuso el doctor,—cuál era la enfermedad de Merdle?

—¡Extraña hora para contestar á mi pregunta! Verdad es; ya me acuerdo.

—Yo le dije á usted que no sabía nada.

—En efecto.

—¡Pues bien! ahora conozco su enfermedad.

—¡Dios mío!—exclamó la notabilidad del foro retrocediendo un paso y apoyando la mano en el hombro de su amigo,—¡yo también lo sé! La expresión de su rostro me lo dice.

Los dos amigos entraron en la habitación más próxima, donde el doctor leyó de nuevo la carta; el abogado hizo lo mismo varias veces, y aunque sólo contenía cinco ó seis líneas, parecióle muy dignas de su atención. Después de enterarse no encontró palabras para expresar su sentimiento por no haber adivinado la cosa desde un principio. Sólo el nombre, según manifestó, hubiera bastado para hacerse dueño de aquel negocio, que le habría reportado gran provecho. «¿Qué no hubiese dado yo por ser el primero en desembrollar semejante misterio!»

El doctor se había encargado de ir á la calle de Harley para comunicar la lúgubre noticia; y como la notabilidad del foro no se creía ya capaz de continuar su trabajo después de experimentar tan profunda impresión, propuso á su amigo acompañarle hasta la puerta de la casa. La aurora comenzaba á despuntar, ahuyentando las sombras de la noche, cuando el doctor llamó á la puerta.

Un lacayo, en el cual brillaban todos los colores del arco iris, esperaba á su señor roncando en la cocina; el ruido le hizo despertar sobresaltado; y cuando este servidor vigilante hubo abierto la puerta, fué preciso esperar á que viniera el mayordomo, que se presentó poco después, con bata y zapatillas.

—Será preciso llamar á la doncella de la señora Merdle, para prepararla poco á poco á recibir la terrible noticia que debo comunicarle—dijo el doctor al respetable personaje.

El mayordomo, que llevaba un candelero en la mano, llamó al criado para entregárselo, y acercándose al visitante, interrogóle con la mirada.

—El señor Merdle ha muerto—dijo el doctor.

—Pues siendo así—contestó el mayordomo,—me despediré el mes entrante.

—El señor Merdle se ha suicidado.

—En tal caso, como este acontecimiento me puede perjudicar, á causa de las preocupaciones corrientes, me marcharé hoy mismo.

—¡Vive el cielo!—exclamó el doctor,—si la noticia no le conmueve, por lo menos manifieste usted alguna sorpresa.

—Caballero—replicó el mayordomo con la mayor tranquilidad,—el difunto no fué nunca una persona decente, y no me puede sorprender nada de lo que haya hecho. En obsequio á usted daré algunas órdenes si así lo desea, antes de hacer mis preparativos de marcha.

Cuando el doctor salió á la calle y se hubo reunido con su amigo, díjole al hablarle de su entrevista con la señora Merdle, que aun no había dicho todo á la dama, pero que ésta no parecía haber experimentado ninguna impresión dolorosa, aunque sospechaba sin duda lo sucedido.

Si los centenares, y hasta miles de personas arruinadas que dormían en aquel momento, hubiesen podido prever el golpe que les amenazaba, ¡qué terrible concierto de maldiciones se habría elevado contra el difunto!

La noticia de la muerte del gran hombre se difundió con la rapidez del relámpago, y cada cual atribuyó á una enfermedad distinta la causa de la catástrofe: unos dijeron que desde su más tierna infancia el rico banquero había padecido una hidropesía; otros aseguraron que estaba atacado del pulmón; y muchos supusieron que sufría del pecho y que estaba ya herido de muerte; pero los más dieron en decir que el señor Merdle había sucumbido á consecuencia de una meningitis.

Sin embargo, á la hora de la bolsa comenzaron á circular los más siniestros rumores: primeramente se dijo que no era seguro que la fortuna del señor Merdle fuese tan considerable como se había creído siempre, y que la liquidación podría ofrecer algunas dificultades, sino la suspensión de pagos. Pronto estas noticias llegaron á adquirir carácter más grave: aseguróse que Merdle era un intruso que había llegado á su elevada posición valiéndose de medios que nadie podía explicarse; que era un hombre ordinario, sin educación de ningun-

na especie, que jamás se atrevió á mirar á las personas cara á cara, no comprendiéndose cómo le fuera posible engañar á tanta gente; y díjose en fin que nunca había tenido fortuna propia; que sus especulaciones eran espantosamente aventuradas; y que sus gastos ascendían á una cifra fabulosa. Merdle había dejado en la casa de baños una carta dirigida á su médico, carta que se hallaba ya en poder del tribunal, y de la cual sólo podía esperarse un golpe terrible para la infinidad de personas que el banquero había engañado. Innumerables y de todas las clases de la sociedad eran las que iban á quedar arruinadas por la quiebra de Merdle; todos cuantos tomaron parte en sus magníficas comidas iban á reconocer muy pronto que sólo le habían ayudado á despojar á innumerables familias; y no pocos ancianos se verían obligados á pasar el resto de su vida en un hospicio.

Desde aquel momento se supo que la enfermedad del gran banquero era simplemente... la estafa y el robo. El innoble objeto de los halagos de la alta sociedad y del público; el que asistía á los festines de las notabilidades; el rey de los salones á la moda, que había vencido el espíritu exclusivista de la aristocracia, nivelando el orgullo de los grandes personajes; el que había regateado una dignidad de Par con el ministro de las Circunlocuciones; el que había recibido en quince años más favores que Inglaterra concediera nunca en dos siglos á todas las ilustraciones de las artes y las ciencias que presentaban sus obras en la mano... la brillante maravilla, la nueva estrella que había servido de guía á los magos cargados de ofrendas, hasta el momento en que se detuvo para mostrarles un cadáver en el fondo de una bañera ensangrentada... era sencillamente el más infame falsario, el más insignificante ladrón que jamás escapara de la horca.



CAPITULO XXVI

Borrasca

Anunciado por su respiración ruidosa y sus apresurados pasos, Pancks se precipita en el escritorio de Arturo Clennam. El informe judicial está concluído; la carta ha visto la luz pública; la quiebra del maravilloso Banco es un hecho consumado; las demás empresas modelo del gran Merdle son otras tantas compañías de paja á las que se ha prendido fuego, y de las cuales sólo queda humo. El barco pirata, admiración de todos, acaba de volarse en medio de una numerosa flota de otros barcos más pequeños; en la superficie del mar no se ven más que restos, cascos incendiados, cañones